

## Los destinos de Alciro y Juvenal.

Por Rudy Chaim.

Es bien temprano aún y hace todo lo posible para que no lo vean llegar. Se escurre sigiloso directo a su oficina. Todavía con el día anterior pateándole dentro de la cabeza desploma todo su peso en el sillón, por si logra descansar un poco al menos. Durmió mal, los huesos le laten y siente que el cerebro ya se le chorrea por la nariz.

Pero a su secretaria -que llegó solo unos minutos después- no puede engañar, el mismo le había dado autoridad para tenerlo todo bajo control y lo hacía muy bien desde su lugar. El sudor regándosele por la cara mal afeitada lo delata. Ella sabe que siempre es así cuando algo anda mal.

Pero en fin, el día sigue avanzando, aunque extrañamente mas tranquilo de lo normal. En eso, suena el intercomunicador y la voz neutra de la secretaria lo obliga a reaccionar.

- Bueno días señor, unos caballeros quieren verlo, pero no fijaron cita, ¿los hago pasar?
- ¿Quienes son Marta?
- Agentes de la policía señor.
- Entretenlos por un rato y luego los dejas entrar.
- No creo que sea fácil señor.
- ¡Caramba Marta, haz por favor lo que te digo!

El tono de su voz es desesperado pero no histérico. Sabe muy bien lo que le espera si cae en manos de las autoridades.

Hizo lo que pudo, pero todos los intentos por interponer recursos en contra de esa ley tan injusta habían fracasado. Ni de nada sirvieron las manifestaciones, la gente se vio de un día para otro despojada de su esencia vital y de la razón para su existir. Lo sucedido fue un golpe sucio de la recién impuesta dictadura

teocrática, que pretendía con esa medida borrar cualquier vestigio de la sabiduría acumulada por el pueblo, durante su convivencia armoniosa con la naturaleza, cosa que podría amenazar seriamente la consumación de su tiranía. El decreto era categórico y tajante, se prohibía bajo pena de muerte el consumo del cactus sagrado, que la tierra les había regalado a los hombres para que la amen y sean felices.

Sin perder más tiempo abre la ventana que da al callejón de atrás y a pesar de los dos pisos, salta con resolución. Se tuerce el tobillo, lo que no le impide correr las tres cuadras hasta la casa de su buen amigo y colaborador.

Juvenal Sintiap presintiendo lo que se le viene, se encuentra en ese momento metiendo atolondradamente alguna ropa en un morral. Oye los golpes en la puerta, por un instante duda, pero en seguida reconoce la clave de su colega, cosa que lo calma un poco. Una vez adentro, Alciro Ononak que no para de jadear se esfuerza por decir algo...

- Tranquilo hermano, descanse un poco y luego me lo dice, ya.
- ¡Esta loco compadre! No podemos perder ni un solo segundo –la voz apenas le sale por la agitación- vienen tras de mí, se acabó, me descubrieron y estoy seguro de que a usted también.
- Entonces vamos, tengo el auto listo atrás de la casa, llegó la hora de largarnos de aquí.

Aprovechan que la neblina les cubre la huida y salen rápido de la ciudad para alcanzar la autopista nacional, todavía con tiempo, antes de que se llene con el tráfico habitual. Pasan el primer pueblo y en el siguiente llenan el tanque, luego siguen.

- ¿Será que nos ganaron esta vez hermano?

Lo dice por un lado de la boca, sin quitar la vista de la carretera, con el otro trata de chupar lo que le queda del cigarrillo.

- Solo si fuésemos los únicos compadre, pero no es así, ya verá. -Escoge un cassette y lo va a poner.
- Me cuesta creer que todo esto sea verdad hermano.
- Mucho me temo que sí compadre, pero el tiempo lo dirá, por ahora

- larguémonos de aquí. -Aprieta el botón y la música empieza a sonar.
- ¿Y si no podemos volver hermano? -Escupe la colilla por la ventana.
  - No volvemos más pues compadre.

Como a doce kilómetros de allí y justo cuando la neblina se quiere disipar, dejan la carretera y se adentran por un camino lastrado que va hacia las montañas. Media hora después se diluyen con el desierto. Poco antes del medio día cruzan la frontera estatal y desde allí pueden ver por fin los picos nevados de la sierra central cerrándoles la perspectiva. El desierto quedó atrás y el camino ahora serpentea cuesta arriba acompañando al río que viene a la inversa.

Se hace de noche y al caserío entran sin darse cuenta que ya están ahí. Las casas de barro negro sin contornos se funden contra el cielo nublado. La calle principal es ancha, con el suelo de tierra que se suelta a cada paso que dan. El frío les parte los labios y al aire le cuesta entrar. Caminan despacio acomodando la respiración, Sintiap se va quedando atrás. Se vuelve porque algo le pasó por la espalda y se queda unos segundos esperando por si lo puede pillar. Las casas siguen quietas, no se dejan ver, pero ahí están, atentas por lo que pudiera pasar.

No se apuran, van palpando la brisa que recién se empieza a alborotar. Se dan cuenta que por allá, lejos aún, la lluvia se acerca apurada. De pronto, al final de la calle aparece bailando un remolino con dos patas, penacho de plumas y pectoral de oro, avanza marcando su paso de plomo con el tintinear de los cascabeles que lleva atado a los tobillos. Parece venir, aunque se va, buscando el páramo adonde pueda vivir aunque sea por un instante más.

Se sientan en la cuneta a esperar que la lluvia termine de llegar. Sintiap lía un pitillo que una gotita avezada no le deja encender y con toda tranquilidad lo vuelve a intentar. Chupa una pitada larga, mientras bota el humo se queda mirando absorto como la candela se bate con el agua y al fin la logra vencer. No dicen nada, se quedan ahí, Sintiap fumándose el tabaco y Ononak que se distrae atajando las gotas con la palma de su mano.

Pasan los minutos hasta que la lluvia se parece cuajar. Cuando de repente una ocarina dobla por la esquina y enfila hacia la calle principal, luego las flautas y el tambor. Detrás, viene marchando todo el resto de la comunidad. Las casas de adobe se iluminan y aplauden celebrando el paso de la procesión.

La lluvia arrecia. Sintiap y Ononak se ponen de pie y esperan a que todos pasen por donde ellos están. Mas allá, como al final del pueblo, la gente se comienza a diluir, se van haciendo lodo, escurriéndose con el torrente que se ara el rumbo hacia el río. Sintiap tira la colilla y toma del brazo a Ononak, se miran por un instante y emprenden en la misma dirección.

El aguacero se hace tormenta y se agranda el caudal. Por ahí se van la ocarina, las flautas y el tambor con el cactus y la gente a buscar otro lodo en donde poderse plantar y crecer.

El ruido del pleno día no lo deja dormir más. Alciro Tacual se incorpora con calma, alza los brazos sobre la cabeza y los estira con fuerza mientras emite un gritillo de placer y se reclina de nuevo en el sillón. En eso, suena el intercomunicador sobre el escritorio. Tacual se para con pereza refregándose los ojos y va hacia el pulsador del aparato.

- ¿Si Mirta, de que se trata?
- Es su compadre Juvenal Gualinga señor, dice que lo ha estado llamando toda la mañana al celular y nada.
- Tuve una noche muy agitada Mirta y me quedé dormido. ¿En donde está Juvenal?
- Viene para acá señor.
- ¡Ha que bien! dile que se apure no más.
- Si señor.
- Dime otra cosa Mirta.
- ¿Que señor?
- ¿Me llamaron del comité pro cultura y vegetal?
- No señor.
- Bueno llámalos tú y diles que pasado mañana tenemos audiencia ante el juez y que el caso ya es nuestro.

Juvenal Gualinga deja el auto estacionado y camina tranquilo las dos cuadras que le quedan, aún tiene que pasar por donde su peluquero a fijar una cita para esa tarde, al sastre lo visitaría mañana temprano, todavía dispondrá de algún tiempo, pues la toma de posesión será casi de noche.

La propaganda que sigue tapizando la ciudad lo devuelve a una semana atrás: al último discurso del día previo a la elección, a la última batalla y por fin a la última

**gota de sudor. Los que andan por allí lo reconocen, le aplauden y lo vitorean. El les responde como todo el diputado que ya es y les agradece que hayan confiado en el y en el "Partido de la Legalización", que a pesar de la reacción no los defraudará.**

© 2008